

JOHN STUART MILL; UN HOMBRE PARA LA LIBERTAD

Esperanza Guisán

J.S. Mill: *El Utilitarismo*, Introd., trad., y notas de Esperanza Guisán, Alianza Editorial, Madrid, 1984.

J.S. Mill: *Autobiografía*, Introd., trad., y notas de Carlos Mellizo, Alianza Editorial, Madrid, 1986

J.S. Mill: *La utilidad de la religión*, Introd., trad., y notas de Carlos Mellizo, Alianza Editorial, Madrid, 1986.

J.S. Mill: *Del gobierno representativo*, Introd. Dalmacio Negro, Ed. Tecnos, Madrid, 1985.

Los últimos años han registrado una presencia creciente del pensamiento John Stuart Mill en las colecciones de bolsillo de habla hispana. A decir verdad existían antiguas versiones, no siempre excesivamente fidedignas, de sus obras más destacadas, *El utilitarismo*, *Sobre la libertad*, *Autobiografía*, etc., que habían quedado agotadas tiempo ha, por lo que tanto el filósofo como el aficionado a la filosofía de habla hispana se veían privados, al menos en su propia lengua, de un punto de referencia clave en la historia del pensamiento.

La relativa marginación de la que ha sido víctima Mill en la Academia española hace que su filosofía sea una de nuestras asignaturas todavía pendientes. A mi modo de ver, Mill es uno de los pensadores que mejor sintonizan con una sociedad progresista, laica, no dogmática, que intenta aunar en lo posible los *desideratas* de libertad y solidaridad. Todas estas virtudes que le hacen tan estimable desde una mentalidad contemporánea han sido posiblemente las causantes del consciente desinterés hacia su obra proporcionados por los que fervorosamente han enarbolado banderas a favor de un dogma de uno u otro signo en nuestro país, pero que no estaban dispuestos a bajar a la palestra para defender desde sus cimientos, punto por punto, línea por línea, los planteamientos propuestos.

A modo de hipótesis consideraré dos posibles escollos con que hubo de habérselas el pensamiento de Mill en la geografía española. Uno se refiere a una cuestión de forma, el otro, más profundo, atañe a cuestiones de fondo.

Como cuestión de forma, el pensamiento de Mill es un ejemplo de claridad expositiva, utilización de la lógica en el razonamiento y de la sutileza a la hora de analizar los pros y los contras de una propuesta. Un pueblo como el nuestro tan dado a la verborrea moralizante, a las grandes y grandilocuentes arquitecturas del pensamiento germánico ha tendido, y todavía sigue tendiendo, a confundir el pensamiento expuesto con claridad y dentro de los cánones de la lógica argumentativa con una especie de “puerilidad” y “simplicidad” incomparables con las sinfonías impresionantes (tantas veces ininteligibles) de pensadores más “sólidos”, o más bien más obtusos. Lo grave del pensamiento de John Stuart Mill, para muchos malos entendedores de lo que es el método filosófico, es que es comprensible, aprehensible, nítido y claro. Y esto es un “pecado” difícilmente perdonable por nuestra *élite* filosófica, que tampoco perdona a uno de nuestros grandes maestros contemporáneos, Ferrater Mora, este mismo “defecto”.

El segundo y más importante escollo, que ha hecho de Mill un autor todavía poco conocido entre nosotros, es su actitud fervorosamente ilustrada frente a la vida: su explícito agnosticismo y su decidido fervor por la libertad del hombre.

Las frases con que despachan el utilitarismo algunos manuales clásicos de Ética de habla hispana dan la impresión de que sus autores jamás han leído ninguna obra de Mill comenzando por la denominada *Utilitarismo*.

Por si no estuviese suficientemente claro el utilitarismo de Mill no tiene nada que ver con un pragmatismo burdo que antepone las cosas a los hombres y convierte, invirtiendo una de las formulaciones del imperativo categórico kantiano, a los hombres en medios para lograr bienes, en lugar de constituirlos en fines hacia los que los bienes se dirigen y en virtud de los cuales las cosas devienen precisamente “bienes”, o los actos se constituyen en “valiosos”. Como Bernard Semmel nos recuerda (*John Stuart Mill and the Pursuit of Virtue*, Yale University Press, 1984) el mito relativo a la “encrucijada de Hércules”, narrado en las *Memorabilia* de Jenofonte, y que tanta impresión había de causar en el propio Mill según confiesa en su *Autobiografía* (pág. 68) pone de relieve claramente como la “felicidad” a la que Mill nos invita no guardará relación alguna con los placeres groseros, o simplemente con los placeres propios de quienes se dejan llevar del impulso momentáneo y no saben descubrir que el camino de la felicidad es largo, arduo y difícil.

La *felicidad* a la que Mill alude repetidamente habría de ser denominada de alguna manera *Felicidad moral*, para distinguirla de otro tipo de felicidades o placeres. Y no es que Mill desprecie ningún tipo de felicidad o placer por pasajero que sea. Pero, precisamente, porque ama el placer y la felicidad habrá de apostar sin reservar por aquel tipo de acciones que contribuyan a una felicidad más *compartible*, en suma. Una *felicidad solidaria*, frente

a la felicidad solitaria del egoísta, que podríamos situar en el primer nivel de la psicología del Desarrollo Moral de Kohlberg, o la felicidad gregaria propia de los que se encuentran en los estadios 3 y 4 propios del nivel segundo del desarrollo moral. La *felicidad moral* de Mill se alcanzaría únicamente cuando los individuos aprendiesen a discernir por sí mismos y fueran capaces de tener metas propias y pensamientos autónomos.

Muchos críticos de Mill no han leído jamás, amén de *El utilitarismo*, la sorprendente doctrina contenida en *Del gobierno representativo*, en cuyo capítulo III afirma Mill sin paliativos que lo que debemos solicitar de un gobierno no es la consecución de “cosas” buenas, sino de hombres dignos de ser estimados, dignos, especialmente, de autoestimarse. El principal elemento de un buen Gobierno para Mill no es, contrariamente al pensamiento común contemporáneo al respecto, el aumento de los puestos de trabajo o el alivio de las cargas fiscales, o la elevación del nivel de vida en general. Los términos con que Mill se expresa lo sitúan en otro nivel que difiere sustancialmente de las apreciaciones economicistas de nuestros políticos y nuestros coetáneos en general.

Poseen un cierto rancio, ilustrado sabor las pretensiones de Mill de que el fin del buen gobierno es “el mejoramiento del mismo pueblo” (*Del gobierno representativo*, pag. 34). Un sabor, sin embargo, que para muchos resultará ciertamente agradable, en cuanto supone un cambio radical en las apreciaciones y consideraciones al uso sobre los gobiernos particulares. Es en este capítulo III donde Mill despacha por inservible la hipótesis del “tirano” o “déspota” benévolo, una especie de Observador Ideal Imparcial, una suerte de Dios que conociese mejor que los propios individuos aquello que había de reportarles los máximos beneficios. Un gobierno de tal tipo no podría ser bueno, de acuerdo con Mill, al igual que los círculos no pueden ser cuadrados: por definición. Si el fin del buen gobierno es lograr un tipo determinado de individuos, a saber, auto-suficientes, con capacidad de auto-determinación, libres, como se expresa igualmente en *De la libertad*, capaces de hacer de su vida una obra de arte, entonces ni el déspota benévolo, ni siquiera las democracias elitistas, como sugiere Bachrach en su *Crítica de la teoría elitista de la democracia* (Ammortu, Buenos Aires, 1973), podrían realizar debidamente tal tarea. Mill, precisamente, en opinión de Bachrach, habría optado por una teoría democrática del auto-desarrollo que pondría en solfa las prácticas “abortistas” del desarrollo de la autonomía individual habituales en las democracias de hoy en día consolidadas.

La tensión entre la libertad de los individuos y el bienestar del colectivo social es uno de los puntos de fricción constante en la obra de Mill, que le llevan, en su biografía intelectual del liberalismo al socialismo. Mill amaba demasiado a los hombres para ponerles cadenas, aun cuando éstas fuesen necesarias para proporcionar el “bien colectivo”, porque sabía también que el “bien colectivo” no se forma sino a partir de la suma de los bienes particulares o, de lo contrario, el “bien común” no es sino una abstracción, una entelequia, una palabra vacua para encubrir intereses particulares.

John Stuart Mill el unísono con su esposa y compañera, la anteriormente señora Taylor, soñaba y se esforzaba por “unir la mayor libertad de acción con la propiedad común de todas las materias primas del globo, y una igual participación en todos los beneficios producidos por el trabajo conjunto” (*Autobiografía*, pág. 222).

Pero la libertad para Mill suponía mucho más que la posibilidad de expresar libremente intereses, ideas, etc. Su concepción mucho más profunda de la libertad consistía en que al hombre le fuera dado hacerse al margen de los dogmas establecidos. La religión, en este sentido, como se expresa, en *La utilidad de la religión*, tenía la capacidad paralizante del desarrollo del juicio crítico. Era preciso que “muerto Dios” renaciese el hombre. Que, muerto Dios, no sólo no todo estuviese permitido, sino, como más tarde acentuarían Sartre o Simone de Beauvoir, el hombre apareciese como co-responsable de la suerte de sus semejantes, carentes del amparo de una providencia omnisciente.

De acuerdo con Mill “hay un mal indiscutible en asignar un origen sobrenatural a las doctrinas morales recibidas. Un origen así haría de todas ellas algo sagrado y prohibiría que fuesen comentadas o criticadas. De tal forma que si entre estas doctrinas morales aceptadas como parte de la religión hubiese algunas imperfectas... serían no obstante consideradas como obligatorias, lo mismo que si fueran los más nobles, permanentes y universales preceptos de Cristo” (*La utilidad de la religión*, pags. 68-69). O, lo que es igual, la religión si bien puede contener verdades morales apreciables e indiscutibles, tiende a “ocultar” con el atractivo de éstas la precariedad de otros principios claramente nocivos para la suerte humana. Y en éste consiste su mayor peligro, por cuanto una verdad contundente o un principio justificable pueden proporcionar protección a numerosas creencias erróneas y claramente perjudiciales.

Sin aspavientos excesivos, sin necesidad de recurrir a la descalificación o al insulto, al enfrentamiento frontal o al verbo hiriente, lleva a cabo Mill una crítica a la religión cristiana tan demoledora, e incluso, posiblemente, mucho más demoledora, de la que pudieran reultar de los escritos de Nietzsche o de Bakunin. Y es que, a diferencia de ellos, no habla en Mill una pasión arrebatada frente a otra pasión también encendida.

En Mill hablan las pasiones sosegadas, las *calm passions* de Hume, lo que hace que su discurso se convierta en una invitación no a la lucha virulenta, sino al discurso convincente, a la argumentación sólida. Mill no habla sólo a los sentimientos, aunque también a los sentimientos, sino al propio tiempo a nuestra capacidad de raciocinio. Es cierto que, como mantiene en *El utilitarismo*, las verdades últimas en Etica, y los primeros principios de la ciencia, no pueden ser demostrados, aunque si tal vez, podríamos señalar nosotros *vindicados*. Habrá que apelar a lo que los hombres *desean* para descubrir *lo deseable*. Pero la falacia lógica parece ineludible en este caso, si no se realizan matices. De un “es” ciertamente no se siguen un debe como había denunciado Moore (1903), de un enunciado descriptivo no es posible pasar a un enunciado prescriptivo. pero, como más tarde apuntaría Austin, todos los enunciados son a la vez un tanto descriptivos

y un tanto prescriptivos. Por lo demás ¿no es cierto como MacIntyre o Ferrater apuntan que hay *puentes* por los que se transita holgadamente del mundo supuestamente aséptico de los hechos al mundo supuestamente cargado de valoraciones de los deberes y normas?

Mill es un buen empirista en ética, como ya indiqué en mi obra *Como ser un buen empirista en Ética* (Secretariado de Publicaciones, Santiago de Compostela, 1985). Ser un buen empirista en ética significa no confundir un “hecho” de un tipo determinado con otro “hecho” de otro tipo distinto, así como tener los sentidos alerta para diferenciar niveles en el continuo de continuos que para Ferrater constituye el mundo. Pero este diferenciar niveles conlleva también la necesidad de comprender la *continuidad*, la no ruptura entre dichos niveles que tienen sus raíces en la materia, en el hombre orgánico, por más que esta materia fundamentante se complique paulatinamente, elevándose hacia mundos y esferas culturales, sociales y morales.

La libertad que Mill postula se engarza, precisamente, con las raíces empiristas de su filosofía moral y política. Sólo a través de un saneamiento de este tipo, de una liberación de entidades meta-empíricas y sobrecogedoras que dejan sin aliento y ánimo a la criatura humana forzándola a forjar caminos no elegidos ilustradamente, es posible la recuperación de un hombre libre que sepa admitir en lo que valen nociones como “virtud”, “justicia”, “igualdad” o “bien común”. Nociones que son previamente sopesadas teniendo en cuenta *facta y desiderata*, surgidos al calor de los hechos y los deseos relativos a la condición humana.

En este sentido, *El utilitarismo*, más aun que *Sobre la libertad*, constituye la biblia moderna de la libertad del hombre maduro y solidario, En ella la justicia se mantiene en el número uno, o puesto primero, de los valores morales, como sostendría el ético deontológico más enfervorecido. Pero la justicia se concibe como *happiness*, no como simple *fairness*, como pretende Rawls. La justificación de esta concepción resulta obvia para una mente mínimamente perspicaz. Un reparto justo tiene que ser, sin duda, el reparto de algo que posea un contenido valioso. Repartir con equidad la miseria, o el ser estrictamente imparciales a la hora de eliminar las oportunidades de vida, disfrute y desarrollo de las personas, resultan propuestas éticamente anómalas.

En esto y en mucho más Mill ha tomado la delantera a sus detractores contemporáneos. En primer lugar, respecto a los que vía Moore y su celeberrima “falacia naturalista” han intentado confundirnos haciéndonos ver que los hechos no se infieren de valores, Mill nos mostró en su nitidez el continuo ininterrumpido entre los deseos cualificados de los hombres y lo moralmente deseable.

En segundo lugar, respecto a los que más recientemente, vía Rawls, han intentado elevar a la justicia por encima del bienestar humano, Mill ha sabido mostrar que la justicia es un valor de primera magnitud, precisamente, por servir como ninguna otra institución humana para asegurar las condiciones mínimas que hacen posible una convivencia gozosa.

Yendo también mucho más lejos en sus pretensiones que Rawls, intentó Mill no sólo una sociedad en donde se respetase la libertad inviolable de cada individuo, sino una sociedad solidaria en donde las libertades fueran, por decirlo sartreanamente, *compromisos* con y por la libertad de los demás.

Por supuesto que el pensamiento de Mill es en ocasiones falaz y que su solidez presenta fisuras. Pero de poner eso de relieve se han ocupado ya tantos, que era preciso hacer justicia a sus numerosos aciertos, que con mucho sobrepasan a sus fallos. Difícilmente ninguna otra filosofía tuvo como objetivo tan claro salvaguardar la dignidad del ser humano, asegurándole tantas fuentes de goce, y tantas posibilidades de disfrute en la convivencia como fuera posible.

Esperanza GUI SAN
Univ. de Santiago de Compostela